

Ivan Illich

EN EL VIÑEDO DEL TEXTO ETOLOGÍA DE LA LECTURA: UN COMENTARIO AL “DIDASCALICON” DE HUGO DE SAN VÍCTOR

Introducción

Este libro conmemora el nacimiento de la lectura escolástica. En él se narra el surgimiento de un enfoque hacia las letras que George Steiner denomina "libresco", y que legitimó durante ochocientos años la perpetuación de las instituciones escolásticas occidentales. La cultura libresca universal se convirtió en el núcleo de la religión secular de Occidente y la escolarización en su Iglesia. La realidad social occidental ha abandonado ahora la fe en la cultura libresca del mismo modo que ha abandonado el cristianismo. Las instituciones educativas se han multiplicado desde que el libro ya no es la razón última de su existencia. La pantalla, los medios de difusión y la "comunicación" han remplazado subrepticamente a la página, las letras y la lectura. En este libro me ocupo del inicio de la época de cultura libresca que se está ahora cerrando, porque éste es el momento apropiado para cultivar una variedad de enfoques hacia la página que no han podido florecer bajo el monopolio de la lectura escolástica.

*Je suis un peu lune et commis voyageur
J'ai la spécialité de trouver les heures
Qui ont perdu leur montre
[...]
Il y a des heures qui se noient
Il y en a d'autres mangées par les cannibales
Je connais un oiseau qui les boit
On peut les faire aussi mélodies commerciales*

[Tengo algo de luna y de viajante de comercio
Y la especialidad de encontrar las horas
Que han perdido su reloj
[...]
Hay horas que se ahogan
Hay horas devoradas por los caníbales
Conozco un pájaro que se las bebe
Pueden también convertirse en melodías comerciales]

Estas líneas evocan el enfoque que adopto respecto a mi tema. Pertenecen a un poema de Vicente Huidobro, el colega chileno de Apollinaire, herido durante su campaña electoral para la presidencia

de su país en 1925 y más tarde corresponsal de guerra en España y Francia.¹

Mi atención se centra en un breve pero importante momento de la historia del alfabeto cuando, tras siglos de lectura cristiana, la página, que era una partitura para beatos bisbiseantes, se transformó de repente en un texto organizado ópticamente para pensadores lógicos. A partir de entonces, un nuevo tipo de lectura clásica se convirtió en la metáfora dominante para la forma más elevada de actividad social.

Recientemente, ha vuelto a producirse la ruptura de la lectura-como-metáfora. La imagen y su comentario, los cómics, las tablas, recuadros y gráficos, las fotografías, los esquemas y la integración con otros medios, demandan del usuario de libros de texto hábitos opuestos a los cultivados en las lecturas escolásticas. Este libro no contiene críticas a esos nuevos hábitos de gestión de los medios de comunicación, ni a los métodos de adiestramiento por medio de los cuales se establecen tales hábitos. Tampoco cuestiona de ninguna manera la importancia y belleza de la lectura libresca en sus múltiples variedades. Al volver al origen de la cultura libresca, lo que espero es incrementar la distancia entre mi lector, que espero sea una persona libresca, y la actividad que realiza mientras me lee.

Las teorías modernas acerca de cómo se originó el universo afirman que implicó un balance extremadamente delicado. Si las temperaturas y dimensiones cruciales hubieran sido mínimamente diferentes, el Big Bang [...] podría no haber ocurrido. El desarrollo del libro moderno y de la cultura del libro tal y como la conocemos parece haber dependido de una fragilidad comparable de factores cruciales e interrelacionados.²

La cultura clásica de la imprenta fue un fenómeno efímero. Según Steiner, pertenecer a "la edad del libro" significó la posesión de los medios de lectura. El libro era un objeto doméstico, estaba disponible para ser releído a voluntad. La época suponía el espacio privado y el reconocimiento del derecho a periodos de silencio, y también la existencia de cámaras de eco como periódicos, academias o tertulias. La cultura del libro requería un mayor o menor consenso sobre el canon de los valores y modalidades textuales. Y eso representó más que un simple medio para que aquellos que se convirtieran en sus expertos pudieran reclamar los privilegios de la clase media. En la medida en que la lectura libresca fue el objetivo de la iniciación para católicos, protestantes y judíos asimilados, del clero y de anticlericales iluminados, tanto de humanistas como de científicos, las formalidades envueltas en este tipo de lectura definieron, y no simplemente reflejaron, las dimensiones de la topología social.

El libro ha dejado de ser la metáfora raíz de la época; la pantalla lo ha remplazado. El texto alfabético se ha convertido en una más de las múltiples formas de codificar algo, que ahora se denomina "el mensaje". Retrospectivamente, la combinación de todos aquellos elementos que desde Gutenberg al transistor habían fomentado la

cultura libresca aparece como una singularidad de este periodo fundamental, característico de una sociedad, a saber, la occidental. Esto es así pese a la revolución del libro en rústica, el retorno solemne a la lectura pública de poemas y el a veces magnífico florecimiento de editoriales alternativas y caseras.

La lectura libresca puede reconocerse ahora claramente como el fenómeno de una época y no como un paso lógicamente necesario en el progreso hacia el uso racional del alfabeto; como un modo, entre varios, de interacción con la página escrita; como una vocación particular, entre muchas, para ser cultivada por algunos dejando otros modos a otros. Pero la coexistencia de diferentes estilos de lectura no es un fenómeno nuevo. Para ilustrar mi postura me gustaría contar la historia de la lectura durante un lejano siglo de transición. Comparto con George Steiner un sueño en el que, fuera del sistema educativo que ha asumido funciones completamente diferentes, podría haber algo así como *casas de lectura*, similares al *shul* judío, la *medersa* islámica o el *monasterio*, donde los pocos que descubran su pasión por una vida centrada en la lectura pudieran encontrar la guía necesaria, el silencio y la complicidad del compañerismo disciplinado que se precisan para la larga iniciación en una u otra de las diversas "espiritualidades" o estilos de celebrar el libro. Para que pueda comenzar a florecer un nuevo ascetismo de la lectura, debemos primero reconocer que la lectura libresca "clásica" de los últimos 450 años es sólo una entre varias formas de utilizar las técnicas del alfabeto.

Por esta razón describo e interpreto, en los seis primeros capítulos, un avance técnico decisivo que tuvo lugar hacia 1150, trescientos años antes de que el tipo movable se comenzara a usar. Este avance consistió en la combinación de más de una docena de inventos técnicos y adaptaciones a través de los cuales la página dejó de ser partitura para convertirse en texto. No fue la imprenta, como normalmente se asume, sino este conjunto de innovaciones, doce generaciones antes, lo que constituyó el fundamento necesario para todos los estadios recorridos desde entonces por la cultura libresca. Esta colección de técnicas y hábitos permitió imaginar el "texto" como algo separado de la realidad física de una página. Reflejó, y a su vez condicionó, una revolución en lo que la gente culta hacía cuando leía, y en lo que experimentaba que significaba la lectura. En mis comentarios al *Didascalicon* de Hugo, propongo una etología histórica de los hábitos de lectura medievales junto a una fenomenología histórica de la lectura-como-símbolo en el siglo XII. Lo hago con la esperanza de que la transición de la lectura monástica a la escolástica pueda iluminar de algún modo una transición muy diferente que está teniendo lugar en la actualidad.

Este libro recoge siete ensayos escritos en respuesta a tres invitaciones: Rustum Roy me invitó a que diera un curso anual en el programa de Ciencia, Tecnología y Sociedad de la Universidad de Penn State; Soedjatmoko me invitó a que comenzara a escribir

sobre el simbolismo de la tecnología occidental colocándome a gran distancia de ella, viviendo como su invitado en la Universidad de las Naciones Unidas en Japón; y David Ramage me invitó a dirigir un seminario sobre la historia de la lectura en relación con la sabiduría en el Seminario Teológico McCormick de la Universidad de Chicago. Dedico este libro a Ludolf Kuchenbuch y a estos tres amigos, con motivo de su feliz huida de la administración académica.

Mis notas nunca se habrían convertido en un libro si Ludolf Kuchenbuch no me hubiera invitado a participar en una aventura académica cuyo nombre alemán es *Schriftlichkeitsgeschichte*. Esta nueva historia de Europa trata de centrarse en la determinación mutua entre una sociedad y su sistema notacional. Según el modo en que aprendí a rastrearla, ésta no es una historia de la alfabetización ni de los alfabetizados, no es una historia de las técnicas de escritura ni del uso que le han dado a la escritura mercaderes, tribunales o poetas. Es más bien una historia de la relación entre los axiomas del espacio conceptual y la realidad social en tanto que esta interrelación está mediada y configurada por técnicas que utilizan letras. Esta historia se centra directamente en lo que ha sido configurado por las letras, el *Schriftstück*; estudia el comportamiento definido por este objeto, y los significados que se dan (en cada clase) a este objeto y a este comportamiento. Estudiamos el objeto tal y como ha congelado de formas varias la naturaleza, la fuente y los límites de la comprensión del mundo, la sociedad y el yo en una época.

Nuestro proyecto se ocupa del alfabeto, del objeto configurado por el alfabeto, y no de la historia de la notación, el lenguaje, la estructura, la comunicación y los medios de difusión. Desde la perspectiva que utilizamos para abordar el estudio histórico de las letras, la mayoría de los conceptos usados bastante ingenuamente en la historia de los medios de comunicación, tan de moda actualmente, aparecen como criaturas de una epistemología alfabética cuya historia es el sujeto que hemos elegido para investigar. Al centrar nuestro análisis sobre el objeto que es configurado por las letras, y sobre los hábitos y fantasías conectadas con su uso, convertimos este objeto en un espejo que refleja transformaciones significativas en la estructura mental de las sociedades occidentales, algo que no se consigue fácilmente desde otros enfoques.

Mi elección del principio del siglo XII para ilustrar el impacto del alfabeto en el curso de una larga historia ha sido dictada por mi biografía: durante cuarenta años he gozado periódicamente leyendo a los autores de esa generación e investigando sus fuentes. Un sentimiento de afecto muy especial me ha ligado durante décadas a Hugo de San Víctor, hacia quien me siento tan agradecido como hacia mis mejores maestros aún vivos, entre los cuales Gerhart Ladner se destaca en este contexto. Cuando el profesor Kuchenbuch, en la Universidad de Hagen, lanzó su *curriculum* sobre el impacto del objeto alfabetizado en las culturas occidentales, me

pareció lógico y adecuado que yo comentara el *Didascalicon* de Hugo. Es el primer libro que se escribió sobre el arte de la lectura.

No he escrito este libro para hacer una contribución erudita. Lo escribí para ofrecer una guía de una estratégica posición en el pasado desde la que yo he adquirido una nueva percepción del presente. Nadie debería engañarse tomando mis notas a pie de página como pruebas o invitaciones a la erudición. Están aquí para recordar al lector la rica cosecha de *memorabilia* (rocas, fauna y flora) que un hombre ha recogido a lo largo de repetidos paseos por cierta área, y que ahora le gustaría compartir con otros. Están aquí sobre todo para animar al lector a que se adentre en las estanterías de la biblioteca y experimente con distintos tipos de lectura.

Escribir este ensayo fue una diversión compartida porque cada oración consiguió su forma definitiva después de que Lee Hoinacki y yo mismo la volviéramos del derecho y del revés una y otra vez. Lo que había comenzado como un estudio en historia de la tecnología, terminó como una nueva percepción en historia del corazón. Llegamos a entender el *ars legendi* de Hugo como una disciplina ascética centrada por un objeto técnico. Nuestra meditación sobre la supervivencia de este modo de lectura bajo la égida del *texto libresco* nos llevó a abordar un estudio histórico del ascetismo que se enfrenta a la amenaza del "alfabetismo" informático.

Dos amigos se encargaron de que estas reflexiones se convirtieran en un libro: Valentina Borremans, que me empujó de una etapa a otra del manuscrito con entusiasmo crítico; y Carl Mitcham, cuya cuidadosa atención a los detalles, tanto grandes como pequeños, contribuyó a mejorar el texto. También agradezco el cuidado e interés del personal de Producción del FCE en la revisión del texto y de sus innumerables notas y extensa bibliografía y, naturalmente, agradezco al propio Fondo de Cultura Económica la valentía de publicar, en su colección de Historia, este texto, que considero mi mejor obra.

Notas:

¹ Para información sobre la actividad política de Huidobro en Chile, véase René de Costa, *Vicente Huidobro, The Careers of a Poet* (Oxford, Clarendon Press, 1984), pp. 2, 15, 106. El poema completo puede encontrarse en Vicente Huidobro, *Obras completas*, vol. 1 (Santiago de Chile, Zig-Zag, 1964), p. 353.

² George Steiner, "The End of Bookishness?", *The Times Literary Supplement*, 8 y 16 de julio de 1988, p. 754.

III. Lectura monástica (fragmento)

La página como viñedo y jardín

Cuando Hugo lee, cosecha; recoge los frutos de las líneas. Sabe que Plinio ya había observado que la palabra *pagina*, "página", puede referirse a las líneas de viñedos consideradas en conjunto.²⁶ Las líneas de la página eran los hilos del enrejado que sostiene las viñas. Mientras recoge el fruto de las hojas del pergamino, las voces *paginarum* caen de su boca; como un suave murmullo si van dirigidas a su propio oído, o *recto tono*, si se dirige a la comunidad de monjes. Hay una expresión que nos permite distinguir los dos tipos de actividad: *sibi legere*, que significa "leer para uno mismo", en contraste con *clara lectio*, dirigida al oído de los otros. No es de extrañar que la lectura se considerara, a lo largo de la Antigüedad, un ejercicio extenuante. Los médicos helenísticos prescribían la lectura como alternativa a jugar a la pelota o pasear. La lectura suponía que se estaba en buena condición física; se suponía que los frágiles o débiles no podían leer con su propia lengua. En un solsticio, Nicolás de Claraval se había sometido como el resto de los monjes a la acostumbrada purga y sangría trimestral, pero en aquella ocasión, el ayuno combinado con el pinchazo lo dejó tan débil que, por un rato, no pudo continuar su lectura. Cuando Pedro el Venerable tenía un catarro que lo hacía toser cada vez que abría la boca, no podía leer ni en el coro ni en su celda "para sí mismo".²⁷ Las actividades orales no sólo predominaban en el acto de la lectura, sino que también determinaban la tarea de los ojos. La raíz de la palabra inglesa *to read* connota "dar consejo", "descifrar", "examinar con detenimiento e interpretar". El latín *legere* se deriva de una actividad física.²⁸ *Legere* connota "escoger", "reunir", "cosechar" o "recoger".²⁹ La palabra latina para las ramas y la leña se deriva de *legere*. Esos palos se llaman *lignum*, que contrasta con *materia*³⁰ más o menos como la leña se puede distinguir de la madera. El término alemán para "leer" (*lesen*) aún expresa claramente la idea de recoger ramas de haya (la palabra para "letra" equivale a ramas de haya, recordándonos las runas utilizadas en los conjuros mágicos).³¹

Para Hugo, que utiliza el latín, el acto de leer con los ojos implica una actividad no muy distinta de la búsqueda de leña: los ojos deben escoger las letras del alfabeto y reunir las en sílabas. Los ojos están al servicio de los pulmones, la garganta, la lengua y los labios, que normalmente no pronuncian letras individuales, sino palabras.

La "Lectio" como forma de vida

Tanto para el orador o el sofista clásico como para el monje, la lectura compromete al cuerpo entero. Sin embargo, la lectura no era una actividad más para el monje, sino una forma de vida.³² La lectura acompaña a todo lo que el monje hace siguiendo su regla

particular. Esta regla fue establecida por san Benito, y divide el día en dos actividades que se consideran igualmente importantes: *ora et labora*, "reza y trabaja".³³ Siete veces al día, los miembros de la pequeña comunidad del monasterio ideal se encuentran en la iglesia. Escuchan las recitaciones monotónicas (*recto tono*), con inflexiones rígidamente definidas para señalar las preguntas, el estilo directo o el fin de un *pericope*, y entonan salmos. Entre uno y otro encuentro, cuando el monje ordeña o ara, hace mantequilla o maneja el cincel, la recitación en común se convierte en un monótono y suave murmullo en el que cada uno escoge los versos que prefiere. Esos versos son el camino de su peregrinación hacia el cielo, tanto cuando reza como cuando trabaja.³⁴ La lectura impregna sus días y sus noches.³⁵

Notas:

²⁶ Plinio, 17, 169. Véase A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine: histoire des mots* (París, Librairie C. Klincksieck, 1932), *pagina* y *pagus*; y Plinio, *Natural History*, vol. 5, traducción de H. Rackham (Cambridge, Harvard University Press, 1971), p. 116. Rackham explica que *pagina* se utiliza aquí como un término para referirse a cuatro líneas de viñedo unidas en un cuadrado por medio del enrejado.

²⁷ La descripción más amena y densa de la lectura monástica aún es la de Jean Leclercq, *Love of Learning*, especialmente "Lectio and Meditatio", pp. 15-17, donde se narran estas dos anécdotas y se citan sus fuentes.

²⁸ *Dictionnaire étymologique: lego, legere*. "Amar", *diligere*, viene de la misma raíz: A "di" et "lego", quasi sit eligere aliquem e multis [...] "De 'di' y 'lego', como escoger a alguien de entre muchos [...]" (Aegidio Forcellini, *Lexicon totius latinitas*, publicación original de 1864-1926; repr. Bolonia, 1965). Isidoro de Sevilla: "Otros han dicho que 'amar' está sembrado en nosotros de forma natural, pero 'sentir afecto' [diligere] por elección". *Alii dixerunt amare nobis naturaliter insitum, diligere vero electione (Differentiarum sive de proprietate sermonum*, 1, 17; PL, 83, 12A-B).

²⁹ Virgilio y Cicerón subrayan esta conexión.

³⁰ De *mater*, la parte madre del árbol, destinada a material de construcción.

³¹ F. Kluge, *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, 18ª ed. (Berlín, De Gruyter, 1960). La palabra alemana para "letra" es *Buchstab(e)*. *Stab* significa "vara, rama: el trazo vertical de la runa". Cuando las runas se comenzaron a escribir en pergaminos, en lugar de escribirlas en tablas de madera o en losas de piedra, apareció la palabra que se puede componer. La palabra alemana *lesen*, "leer", viene de *lesan*, "reunir, recolectar, escoger, recoger". *Buchstaben lesen* connotaba el recoger varas cubiertas con runas, actividad relacionada con la adivinación.

³² B. Calati, "La *lectio divina* nella tradizione monastica benedettina", *Benedictina*, 28 (1981): 407-438, es una buena guía. Véase también A. Wathen, "Monastic Lectio: Some Clues from Terminology", *Monastic Studies*, 12 (1976): 207-216; P. C. Spahr, "Die *lectio divina* bei den alten Cisterciensern. Eine Grundlage des cisterciensischen Geisteslebens", *Analecta Cisterciensia*, 34 (1978): 27-39; M. Van Aasche, "Divinae vacari lectioni", *Sacris Erudiri*, 1 (1948): 13-14.

³³ *Ora et labora*: Sobre la dificultad que tiene el lector moderno para captar el significado dado a términos como *trabajar, laborar, afanarse...*, véase Ivan Illich, *Shadow Work* (Londres, Boyars, 1981), nota bibliográfica, pp. 122-152.

³⁴ En las Iglesias griega y rusa, la unión de la palabra y el aliento es la oración murmurada, y aún hoy se reconoce como una apreciada forma de peregrinación a través de la vida". Véase Hausherr, *The Name of Jesus*, esp. p. 174 sobre el murmullo en la tradición de los monjes griegos.

³⁵ La historia de este estilo de vida y de su evolución está contada y abundantemente adornada con textos en Leclercq, *Love of Learning*.

VII. Del libro al texto (fragmento)

Hacia finales del siglo XII, el libro adquiere un simbolismo que retendrá hasta nuestros días. Se convierte en el símbolo de un tipo de objeto sin precedentes, visible pero intangible, que llamaré el *texto libresco*.¹ Durante la larga historia social del alfabeto, el impacto de su desarrollo sólo se puede comparar con otros dos acontecimientos: la introducción de la escritura completamente fonética, que tuvo lugar hacia el 800 a.C. y convirtió el griego en una lengua sobre la que el hablante podía reflexionar;² y la difusión de la imprenta en el siglo XV, que transformó el *texto* en un poderoso molde para una nueva concepción del mundo, literaria y científica.

El historiador de la tecnología que se ocupa más del efecto simbólico de la técnica que de su pretendido efecto instrumental, y que estudia específicamente la tecnología del alfabeto, debe distinguir cuidadosamente entre las técnicas manuales practicadas hacia el año 1150, que crean el texto como objeto, y las técnicas mecánicas que cosifican ese objeto como un sello hacia 1460. Considerando esto, parece que un humilde conjunto de técnicas utilizadas por los escribas, aplicadas de manera muy compleja, dieron lugar a una especie de transformación en la mentalidad de la cultura europea claramente distinta de la transición del manuscrito al impreso. La historia del texto como el objeto por excelencia durante los siglos siguientes exige distinguir con precisión estos dos momentos tempranos.

La página se convierte en un texto libresco que, más tarde, modelaría la mente escolástica de tal modo que la relación entre la mente y el texto fue un fundamento para la cultura de la imprenta tan necesario como el registro alfabético lo había sido para la cultura de la literatura y la filosofía en la Grecia antigua. Este hecho no se había señalado hasta ahora. Ningún libro, ningún artículo de peso, se ha ocupado *ex profeso* de la hipótesis de la existencia de una revolución en la escritura que creó el objeto que, trescientos años después, estaría preparado para la imprenta. Este ensayo pretende remediar esta laguna.

Si estoy sustancialmente en lo cierto, de esto se desprenden varias cosas. La materialización de la abstracción en la forma del texto libresco puede tomarse como la metáfora raíz encubierta que da unidad al espacio mental de este largo periodo, que también podemos llamar la "época de la universidad" o la "época de la lectura libresca". Con la invención y la difusión de la imprenta, esta era del libro (iniciada en el siglo XIII con la creación del texto libresco) recibió un conjunto de características adicionales que convirtieron el texto libresco como metáfora raíz en un poderoso determinante de una nueva concepción del mundo.³ En esta época pueden identificarse dos partes importantes: en la primera, el libro era el resultado del

trabajo a mano de los escribas; en la segunda, de la reproducción mecánica de un prototipo elaborado manualmente.⁴

Notas:

¹ Estoy ahora preparando algunos artículos sobre el origen medieval y el eclipse actual del "texto como objeto por excelencia".

² Eric A. Havelock, *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences* (Princeton, Princeton University Press, 1982). En esta colección de artículos polémicos, escritos poco antes de la muerte del autor, el alfabeto se entiende como un mecanismo, "un sistema de pequeñas figuras cuya colocación lineal varía indefinidamente y que, cuando se miran [leen], disparan la memoria acústica de todo el discurso hablado, que es indexado por estas figuras.[...] Se convirtió en un medio para introducir un nuevo estado mental, la mente alfabética [...] [y] proporcionó el fundamento conceptual necesario para construir la estructura de la ciencia y las filosofías. Transformó el habla griega en un artefacto, separándolo de este modo del hablante y haciendo de ella un lenguaje" (pp. 6-7).

³ Se encontrará una selecta bibliografía anotada para apoyar esta opinión en Ivan Illich y Barry Sanders, *ABC: Alphabetization of the Popular Mind* (San Francisco, North Point Press, 1988), pp. 128-166.

⁴ Este ensayo se ha ocupado directamente del arte de leer, no del arte de escribir. Requiere una historia paralela del *ars scribendi* psicomotor, en la que ya estoy trabajando. Mientras carezcamos de una perspectiva histórica de la etología y el simbolismo de la lengua que dicta, la mano y las posturas de escritura, el texto como objeto, con su significación modeladora de mentes, permanecerá tan oculto como la luna nueva. Por ejemplo, el cambio del *scriptorium* monástico a la papelería comercial (*pecia*), y después del manuscrito a la página impresa corre paralelo al nuevo culto a la quirografía del autor. El dictado se dejó de practicar, y la composición del autor sólo se convirtió entonces en una habilidad manual desde que el texto impreso se empezó a tomar del autógrafo del autor más que de la escritura de su escriba. El texto libresco como objeto mental se separa de la mano del autor que lo realiza.